

EL PAPEL DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA

ALAJ, AÑO 6, N°16. 23/05/1982

El artículo que publicamos a continuación, escrito por Luis Vitale, historiador y político chileno, ubica el origen y desarrollo de las ideas social-demócratas en América Latina, para luego identificar; desde la ideología y la política, el carácter de las formaciones políticas que, en América Latina, se reclaman de la Social Democracia o que tienen una relación particularmente estrecha con la internacional Socialista. La segunda parte del texto, que insiste sobre este último aspecto de la problemática, será incluida en nuestra próxima edición.

Introducción.

Me gustaría empezar esta ponencia recordando ciertos debates que tuve con algunos compañeros durante el invierno europeo de 1976 acerca de la importancia que podría adquirir la socialdemocracia en América Latina. La mayoría de los colegas europeos, especialmente alemanes, dudaba sobre el posible resurgimiento de la socialdemocracia en nuestro continente, fundamentando su hipótesis en el hecho de que no había condiciones en el capitalismo latinoamericano para que la socialdemocracia ofreciera una redistribución de la renta nacional en favor de los trabajadores, única manera de ganar base de sustentación popular. Otros colegas latinoamericanos en el exilio menospreciaban las posibilidades de crecimiento de la socialdemocracia porque, a su modo de entender, el pasado político de los partidos socialistas latinoamericanos los había convertido en cadáveres políticos. Llegaba a tanto la miopía de la izquierda latinoamericana que en un congreso político internacional se dedicó solamente un párrafo a la socialdemocracia en una tesis que analizaba nada más ni nada menos que la situación política y perspectivas de América Latina.

Con el fin de llenar este vacío de apreciación política, redactamos en 1978 un acápite sobre el papel de la socialdemocracia en nuestro libro *La Formación Social Latinoamericana*. Allí señalamos que la clase dominante ‘dispone de dos palancas poderosas para canalizar el descontento popular la iglesia católica y la socialdemocracia. El objetivo es procurar que las masas trabajadoras no se polaricen activamente en los partidos de izquierda y en los movimientos marxistas revolucionarios...La II Internacional ha tomado en el último año la iniciativa de crear nuevos partidos en América Latina y de reforzar sus antiguas organizaciones en nuestro continente. Willy Brandt, jefe de la socialdemocracia mundial, ha promovido a Felipe González (del PSOE español) y Mario Soares (del PS portugués) para que refuercen el trabajo de penetración socialdemócrata en América Latina. Esta táctica forma parte del nuevo plan de reorganización de la II Internacional, que aspira a reforzar su influencia no solo en Europa sino también en los países del llamado “Tercer Mundo”. Nos preguntábamos “¿existen posibilidades reales para que la Democracia Cristiana y la II Internacional canalicen la protesta popular? ¿cual es el limite de libertades democráticas que puede otorgar en esta etapa el estado burgués latinoamericano?”. (1)

Ningún político que se precie de serio puede desconocer la influencia que ha comenzado a ejercer la social— democracia en América Latina desde la Conferencia realizada por la Internacional Socialista en Caracas en 1976. Sus posiciones sobre Nicaragua y, en general, sobre la Revolución centroamericana y caribeña han pesado de manera notoria en la balanza política internacional. Sus iniciativas políticas han debido ser tomadas muy en cuenta tanto por el imperialismo norteamericano y las burguesías criollas como por los partidos comunistas, nacionalistas y los movimientos de izquierda revolucionaria

No puede comprenderse a cabalidad el papel de la socialdemocracia actual en América Latina sin analizar al mismo tiempo la praxis de la Democracia Cristiana. Estas dos internacionales reformistas se disputan el espacio político —que básicamente está ubicado en el centro— tratando de constituirse en una tabla de salvación del sistema capitalista en una América Latina que ha entrado en una nueva etapa de lucha de clases a partir del triunfo de la Revolución Nicaragüense.

La Democracia Cristiana presentaba una política más homogénea que la socialdemocracia en América Latina, durante la década de los 60 -cuando trató de implementar la “Alianza para el Progreso” con el fin de mediatizar el proceso de ascenso revolucionario iniciado por la Revolución Cubana. En esa década la DC aparentaba ser más sensible a los problemas sociales, más populista y reformista que la socialdemocracia latinoamericana, como creemos haberlo demostrado en nuestro libro *Esencia y Apariencia de la Democracia Cristiana*, publicado en 1964. Por el contrario, los escasos partidos de la I Internacional en nuestro continente adoptaron posiciones abiertamente proimperialistas como fue el caso del PS argentino.

Esta situación ha tendido a modificarse durante la década de los 70. La derechización de los partidos demócrata-cristianos fue evidente en Venezuela con el gobierno de Caldera, en Chile con la praxis del presidente Frei y, especialmente, con el comportamiento golpista de la mayoría de la DC chilena durante la Unidad Popular. La culminación de este giro derechista es el actual gobierno democristiano-militar en El Salvador, jefaturizado por Duarte, un Napoleón más pequeño que el III.

La derechización de la DC le ha permitido a la socialdemocracia ganar un ancho espacio político. La socialdemocracia aparece indudablemente como una nueva alternativa de centro en varios países de la América Morena.

Para comprender este proceso de evolución de la socialdemocracia, creemos conveniente establecer una periodización de la historia de la II Internacional en América Latina. La primera fase parte de la organización de los primeros partidos socialistas, desde fines del siglo XIX hasta 1920 aproximadamente. La segunda etapa transcurre desde 1920 hasta la Revolución Cubana. La tercera, desde 1960 hasta 1976, es decir desde la Revolución Cubana hasta la Conferencia de 1976 de la internacional socialista, y la cuarta, desde 1976 hasta la actualidad.

I.-LA II INTERNACIONAL EN AMERICA LATINA DESDE FINES DEL SIGLO XIX HASTA 1920.

Este período se caracteriza por la gestación de los primeros partidos socialistas, la elaboración de sus bases programáticas y su inserción en sectores del movimiento de masas. Estimulados por la II Internacional, se formaron en América Latina partidos socialistas relativamente fuertes en Argentina, Uruguay y Chile y núcleos minoritarios en Brasil, Cuba, Bolivia y México. Sus antecedentes se remontan a los primeros núcleos formados por la I Internacional en la década de 1870 que plantearon, por primera vez en nuestro continente, el derrocamiento del sistema capitalista y, como decía Germán Ave Lallemand en *El Obrero* del 12 de diciembre de 1890, el combate por la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción.

G.D.H. Cole, en su *Historia del Pensamiento Socialista*, afirma que el primer partido socialista fue el Partido Democrático de Chile, fundado en 1887. A nuestro modo de entender, éste fue un partido pequeño burgués con base artesanal. En rigor, el primer partido socialista fue el argentino, creado en 1895 por José Ingenieros y Juan B. Justo. Surgió como un partido obrero y, como decía Justo, era “ante todo el partido de los trabajadores, de los proletarios”, concepción que pronto fue cambiada por el propio líder del socialismo. En los hechos, el PS argentino fue un partido integrado por sectores de la intelectualidad, obreros inmigrantes en su mayoría, artesanos y pequeños comerciantes, que llegó a elegir en 1904 el primer diputado socialista de América Latina el Dr. Alfredo Palacios. En 1912, obtuvo 32 000 votos y publicaba 75 000 ejemplares de su periódico *La Vanguardia*. Era un partido reformista, básicamente urbano ; un partido de oposición, no de poder, que a nivel de la teoría hacía una amalgama de marxismo con positivismo y evolucionismo darwinista.

Un partido similar se fundó en Uruguay en 1910, eligiendo al año siguiente como diputado a Emilio Frugoni. En Chile surgieron varios grupos socialistas a fines del siglo XIX;

paralelamente, en el Partido Democrático se formó un ala izquierda, dirigida por el fundador del movimiento obrero chileno, Luis Emilio Recabarren, que se escindió en 1912 dando origen al Partido Obrero Socialista. En rigor el POS, aunque tuvo formalmente las bases estatutarias de la II Internacional y relaciones fraternales con esta organización mundial, nunca fue estrictamente un partido socialdemócrata. Por eso su transformación en Partido Comunista en 1922 se dio como un resultado lógico de su desarrollo clasista y revolucionario. En Otros países, los partidos socialistas fundados en Cuba (1905), en Bolivia (1915), en Brasil (1916) y en México (1917) no lograron crecer ni tener presencia política relevante.

Los programas de estos partidos socialistas se fueron haciendo más reformistas a medida que se alineaban con las corrientes bernstenianas de la II Internacional. Ponían el acento en las libertades democráticas, aumento de salario, sindicalización y en la vía electoral y parlamentaria con el objeto de aumentar la votación partidaria y elegir diputados.

Estos partidos, al comienzo, se caracterizaron por una concepción internacionalista en estrecha ligazón con la II Internacional fundada por Engels, declarándose marxistas en la mayoría de los casos. Hay que recordar que la I Internacional estaba dirigida en aquella época por el buen Kautsky —el de Los orígenes del cristianismo— y que en ese entonces, en la II Internacional militaban Lenin, Rosa Luxemburgo y Trotsky.

Esta clara adhesión al marxismo diferencia a los partidos de la II Internacional en sus comienzos con los actuales partidos afiliados a la Internacional Socialista. La adhesión al marxismo fue promovida especialmente por aquellos inmigrantes europeos que contr4-buyeron decisivamente a la formación de los primeros partidos socialistas, como el grupo “*Vorwärt*”, de origen alemán, residente en Argentina desde la década de 1870. Esta influencia se reflejó en el hecho de que los primeros partidos latinoamericanos de la II Internacional se llamaron socialistas, fenómeno que no por casualidad diferencia a estos partidos de los actuales núcleos afiliados a la Internacional Socialista, que en su mayoría no se llaman socialistas.

Se ha dicho que los partidos socialistas de aquella época no lograron un mayor crecimiento porque los anarquistas les disputaron el espacio político en el sector obrero y artesanal. Esto es relativamente cierto en algunos países, como Argentina, donde la EORA (Federación Obrera Regional Argentina) llegó a tener 600 000 afiliados. Pero, justamente en ese país fue donde el socialismo alcanzó un mayor auge. En otros países, el anarquismo no alcanzó a constituirse en la fuerza obrera hegemónica, y sin embargo allí tampoco prosperaron los partidos socialistas. A nuestro modo de entender, la explicación de la debilidad de estos partidos socialistas habría que buscarla en el escaso desarrollo del proletariado urbano —dado el carácter esencialmente agrario de nuestros países a principios del presente siglo— y, fundamentalmente, en la ausencia de una política agraria y antiimperialista.

Los primeros partidos socialistas no lograron echar hondas raíces en América Latina porque no entendieron la especificidad de nuestro continente, su etnia y su religión, variables que era necesario cruzar con la estructura de clases y, en particular, con un proletariado cuya mayoría no era industrial sino minero y rural. Los partidos socialistas copiaron el esquema europeo, trasladando mecánicamente el programa de la II Internacional a nuestro continente agrario, indígena, negro, mestizo y semicolonizado por el imperialismo.

Los PS no comprendieron el problema nacional-antiimperialista y el proceso de semicolonialización que se estaba dando a raíz de la acelerada inversión de capital extranjero en las principales materias primas de América Latina. En lugar de combinar la lucha antiimperialista con la lucha anticapitalista, los PS solamente pusieron énfasis en la organización del incipiente proletariado urbano, dándole las espaldas a los movimientos populares, como el radicalismo argentino, el movimiento agrarista mexicano, peruano y boliviano e, inclusive, a la lucha nacional antiimperialista de Cuba y Centroamérica ante la desembozada intervención norteamericana.

Este menosprecio por la cuestión nacional-antiimperialista provocó escisiones dentro del PS argentino, donde surgió una corriente nacionalista encabezada por uno de los primeros antiimperialistas del continente, Manuel Ugarte, que en 1912 hizo una gira por toda América Latina denunciando la política del “big stick” de Teodoro Roosevelt y llamando a reactualizar el ideal bolivariano de unidad de los pueblos latinoamericanos.

No obstante, los primeros partidos socialistas comenzaron a educar sus cuadros militantes en el marxismo y a difundir las ideas de Marx y Engels. Así mismo, participaban activamente en las discusiones teóricas y políticas que se suscitaban en el interior de la II Internacional, interesándose vivamente en la construcción de un Partido Mundial de la Revolución. Sin esta tradición marxista no podría explicarse el hecho de que cuando Lenin llama a la formación de la III Internacional en 1919 numerosos militantes de los partidos socialistas adhieren a las 21 condiciones, fundando los primeros partidos comunistas de América Latina. De no haber sido por la existencia de estos partidos socialistas y de la formación de cuadros marxistas en su interior, sería imposible comprender el peso específico que adquirieron en menos de un lustro algunos partidos comunistas de América Latina, cuyos dirigentes y bases provinieron en su mayoría de los PS y, en menor medida, del anarcosindicalismo.

En Argentina, durante el II Congreso de PS, realizado en 1917, los partidarios de la Revolución Rusa lograron imponerse, pero el Comité Ejecutivo no reconoció la mayoría. En el Congreso de 1918, los sostenedores de las posiciones de la III Internacional obtuvieron 3 651 votos contra 5013 de los reformistas. Poco después se produjo la escisión, creándose en 1918 el Partido Socialista Internacionalista, el cual en 1921 se transformó en Partido Comunista, tarea en la cual colaboró el internacionalista revolucionario chileno Luis Emilio Recabarren, dirigente del Partido Obrero Socialista.

En Uruguay, el arraigo de las ideas marxistas era tan firme que en 1920 la mayoría del PS fundó el Partido Comunista, adhiriendo a las 21 condiciones de la III Internacional. La refundación del PS se produjo recién en 1922, siempre bajo la batuta de Emilio Frugoni.

La diferencia de los primeros partidos socialistas con los actuales partidos afiliados a la Internacional Socialista, en cuanto a su adhesión al marxismo y a la educación revolucionaria de sus cuadros, nos hace pensar que de los actuales partidos latinoamericanos de la Internacional Socialista no surgirán desprendimientos marxistas tan importantes como los hubo en los primeros PS, porque sus militantes no han sido educados en la tradición marxista sino, por el contrario, en la propaganda anticomunista a ultranza.

II- LA SOCIALDEMOCRACIA LATINOAMERICANA DESDE 1920 HASTA 1960.

La segunda etapa de la socialdemocracia latinoamericana, iniciada aproximadamente en 1920, se caracterizó por una posición antisoviética, de abierto repudio a la Revolución Rusa, siguiendo los lineamientos de Kautsky, que ya no era el mismo que redactó La cuestión agraria.

Esta posición anticomunista condujo a importantes escisiones en los partidos socialistas, provocando la renuncia de importantes capas obreras. De este modo, la base de los partidos socialistas se fue haciendo más pequeño burguesa y aislada del movimiento obrero, en momentos en que comenzaba el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Los partidos socialistas fueron incapaces de ligarse a las capas de obreros industriales que se consolidaron a partir de la década de 1930. Su dificultad para comprender las características de este nuevo proletariado industrial, que provenía de la migración campo-ciudad, impidió a los partidos socialistas ampliar su base obrera, ya de por sí escuálida.

A pesar de la importancia asignada por Mariátegui al problema de la tierra y a los indígenas, los partidos socialistas siguieron sin entender los problemas campesinos y la relevancia de las cuestiones étnicas. Tampoco supieron aprovechar el auge del movimiento nacional-antiimperialista iniciado con la gesta de Sandino, el General de los hombres libres, debido a la falta de un programa antiimperialista de acción y lucha concreta.

Todo esto condujo a la más grave de las incomprensiones ante los nuevos movimientos nacional-populistas, como el cardenismo, el varguismo, el peronismo e, inclusive, el Apra y Acción Democrática, a los cuales en sus inicios tampoco prestó importancia la II Internacional. El ejemplo más claro de esta incomprensión política fue el PS argentino que, en su fanatismo antiperonista, llegó a formar una alianza con el imperialismo y la oligarquía terrateniente. Esta posición provocó una nueva escisión del PS, saliendo de sus filas primero Angel Borlenghi, dirigente de los empleados de comercio, y después, el ex-diputado Dickman y otros militantes de base. La rabiosa política antiperonista del PS, lo condujo a un aislamiento cada vez más

creciente de las masas, que en su mayoría eran peronistas, convirtiéndose en una élite política sin ninguna incidencia en el movimiento de masas.

Los partidos socialistas que se crearon en la década de 1930, como el Partido Socialista Ecuatoriano (1933) y el Partido Socialista de Chile (1933) nunca se afiliaron a la II Internacional, a raíz de la política cada vez más reformista y proimperialista desarrollada por ésta.

La II Internacional, refundada en 1951 bajo el nombre de Internacional Socialista en la Conferencia Mundial de Frankfurt, no logró expandirse en América Latina a pesar de sus manifiestos deseos de formular una política para los países llamados subdesarrollados. Tampoco pudo prosperar su Secretariado Latinoamericano, formado en 1955, con sede en Montevideo, ni el Comité Consultivo de este Secretariado creado en 1956. Su fracaso se hizo tan evidente que en 1962 se decretó su disolución, poco después del fallecimiento de Humberto Maiztegui, como ha sido demostrado por Karl-Ludwig Gñnsche y Klaus Lantermann en su libro *Historia de la Internacional Socialista*, p. 193, Ed. Nueva Imagen, México, 1979.

III- LA SOCIALDEMOCRACIA DESDE LA REVOLUCION CUBANA HASTA 1976.

La Revolución Cubana fue un test político no solamente para los partidos socialistas sino para todos los partidos de la izquierda marxista y nacionalista. Así como la Revolución Rusa de 1917 provocó la crisis de la socialdemocracia europea y la Revolución China aceleró la crisis de conducción burguesa de los movimientos nacionalistas en Asia, la Revolución Cubana provocó la crisis de todas las superestructuras políticas tradicionales de América Latina. Al iniciarse este proceso contra la dictadura de Batista, los partidos socialistas en su mayoría adhirieron a los postulados democráticos del Movimiento 26 de Julio, pero cuando la Revolución Cubana se fue profundizando, haciéndose no solo antiimperialista sino anticapitalista en un proceso de revolución permanente e ininterrumpida, los partidos socialistas le retiraron su apoyo.

Sin embargo, algunos partidos socialistas que no pertenecían a la II Internacional, como el Partido Socialista de Chile y el Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, se radicalizaron, especialmente el último bajo la conducción de Manuel Agustín Aguirre, uno de los primeros socialistas de América Latina que comprendió el carácter socialista de la Revolución, desde su trabajo pionero de 1952 titulado *¿Revolución burguesa o revolución proletaria para América Latina y el Ecuador?*, cuando la mayoría de la izquierda latinoamericana, influenciada por el estalinismo, parloteaba sobre la revolución agraria y antiimperialista con el fin de respaldar a la burguesía llamada progresista, en una nueva edición de la teoría de la revolución por etapas.

La formación de partidos revolucionarios de nuevo tipo, estimulados por el triunfo de la Revolución Cubana estrechó el espacio político de los partidos socialistas. Al mismo tiempo, se reducía su espacio político en el centro por la competencia que comenzaba a hacerle una Democracia Cristiana pujante, con manifiestos deseos de convertirse en alternativa reformista, dispuesta a implementar la “Alianza para el Progreso” del clan Kennedy, cuyo objetivo era mediatizar la etapa de ascenso revolucionario de las masas abierta con el triunfo de la Revolución Cubana. Creemos relevante señalar que hasta la década de los 1960, los partidos socialistas no tenían mayor competencia reformista en el espacio político de centro, pero con la emergencia de la Democracia Cristiana esta situación varió sustancialmente.

Al mismo tiempo, los partidos populistas que aparecían más cercanos a la II Internacional, como el Apra y Acción Democrática, se hicieron cada vez más anticomunistas. Ya no era el tradicional anticomunismo contra la URSS de la época de la guerra fría, sino un anticomunismo concreto y militante contra el primer Estado Obrero de América Latina, como era Cuba, y su posibilidad de expansión en nuestro continente. Betancourt, Haya de la Torre, los Pepe Figueres y otros fueron los nuevos jefes de esta cruzada continental contra el “castro-guevarismo-comunismo”.

Los partidos socialistas que quedaban adheridos a la Internacional Socialista tiraron por la borda los últimos brujidos de marxismo, siguiendo en este sentido la evolución de la mayoría de los partidos socialistas europeos. De este modo se convirtieron en partidos neoliberales adoptando el neopositivismo como método de análisis social y político. Sus programas se

redujeron a la lucha por la democracia y las libertades públicas, callando toda denuncia sobre el papel que jugaba el imperialismo norteamericano.

IV- EL PAPEL DE LA SOCIALDEMOCRACIA DESDE 1976 HASTA LA ACTUALIDAD.

La cuarta etapa de evolución de la socialdemocracia latinoamericana comenzó en 1976 con la Conferencia Mundial realizada en Caracas, que significó un renovado impulso al trabajo de penetración en América Latina. En aquella oportunidad, Willy Brandt manifestó que “nuestra Internacional no debe convertirse en una organización concentrada unilateralmente en Europa”.

De este modo, se iniciaba el proceso de ruptura con el eurocentrismo organizativo, con una Internacional solamente para blancos. La Internacional Socialista había decidido a partir de la década de 1960 dar un giro hacia los países asiáticos, africanos y, especialmente, latinoamericanos, en un intento de dejar de ser una “Internacional blanca y occidental”, como dijo Morgan Phillips, del Partido Laborista inglés.

Sin embargo, estas intenciones no tuvieron receptividad en los movimientos africanos y asiáticos de liberación nacional, que veían a los partidos socialistas europeos como representantes de la política colonialista de sus respectivos gobiernos. La Internacional Socialista persistió en su plan de crecimiento, creando en 1970 un grupo de estudios llamado “Estrategia socialista para el Tercer Mundo”, con sede en Singapur. Esta labor de expansión de la IS dio sus frutos en un plazo relativamente corto “Mientras en 1951 los partidos de la IS en países extraeuropeos solo contaban con 800 000 afiliados, en 1975 ya eran 2 500 000” (Günsche y Lantermann, op. cit., p. 195).

En la actualidad, la IS tiene las siguientes fuerzas en América Latina, contando no solo a los miembros plenos sino también a los consultivos. Miembros plenos: P. Radical (Chile), P. de Liberación Nacional (Costa Rica), MNR (El Salvador), Izquierda Democrática (Ecuador),

P. Revolucionario Febrerista (Paraguay), Movimiento Nueva Joya (Granada), P. Socialista Democrático (Guatemala), R. Laborista (Barbados), P. Socialista Popular (Argentina), PRD (República Dominicana) y P. Nacional del Pueblo (Jamaica). Miembros consultivos Acción Democrática y MEP (Venezuela), Partido Trabalhista (Brasil), Movimiento Electoral del Pueblo (Aruba), Movimiento Antillas Nuevo (Cura900), PS-Convergencia Democrática (Uruguay), APRA (Perú) y Unión Democrática Popular (Bolivia).

Además, existen otros partidos que tienen relaciones fraternales con la Internacional Socialista, como la Alianza del Pueblo Trabajador (Guyana) y el PRI (México).

Al mismo tiempo la IS está ganando influencia en un sector del Movimiento Democrático Brasileño, encabezado por Fernando Henrique Cardozo, en sectores del Radicalismo y del Peronismo argentinos, en el ala del Partido Liberal de Colombia dirigida por López Michelsen y en una de las fracciones del Partido Socialista chileno liderada por Aniceto Rodríguez.

Como puede apreciarse, los partidos adheridos a la Internacional Socialista no solo agrupan más fuerzas militantes que los partidos comunistas sino que también tienen un mayor radio de influencia. Por primera vez en la historia social de América Latina, la socialdemocracia es más fuerte que el estalinismo, invirtiendo la relación de fuerzas que había sido favorable a los partidos comunistas desde la década de los 1920-30. El reconocimiento de este fenómeno ha conducido a los PCs a formular una táctica de frente único, como lo ha señalado recientemente el uruguayo Rodney Arismendi “Una política unitaria con la socialdemocracia internacional y con las fuerzas que se le relacionan de una u otra manera” (2).

Es importante señalar, también, que la socialdemocracia tiene hoy día en América Latina una fuerza militante superior a los partidos demócrata cristianos. Por eso, la socialdemocracia ha disputado y disputará en los próximos años el espacio político de centro y de centro izquierda al resto de los partidos del reformismo burgués y del reformismo obrero.

Las motivaciones del giro de la Internacional Socialista. Uno de los motivos centrales del giro de la IS hacia los países llamados periféricos fue la necesidad de ampliar su base de apoyo a la política de distensión con el fin de amortiguar las situaciones límites hacia la guerra entre la URSS y los USA. Para los países europeos, la política de “detente” era fundamental para su

supervivencia, hecho que se ha puesto de relieve últimamente en las multitudinarias manifestaciones contra la guerra de las masas europeas ante la línea belicista de la administración Reagan.

La ínter nacional Socialista, portadora de la “ostpolipolitik” formulada por Willy Brandt, se dio cuenta que para llevar adelante la distensión era necesario contar con el respaldo de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. Para ello, había que reemplazar los gobiernos incondicionales proyanquis de esos continentes por gobiernos llamados progresistas y pacifistas, garantía que solo podía lograrse promoviendo partidos filiales de la Internacional Socialista.

Otra de las causas del giro de la IS fue de carácter económico, Los países europeos — donde la IS ejerce un poder decisivo en varios gobiernos— necesitaban promover un Nuevo Orden Económico Internacional que facilitara la expansión de sus capitales y de su comercio, con el fin de desplazar a los norteamericanos o competir en mejores condiciones con ellos. Estas contradicciones interimperialistas estuvieron a la base del nuevo giro de la IS, que centró su política internacional en el diálogo Norte-Sur. Así la IS apareció como la propulsora de nuevas relaciones —bajo la mistificación de un trato más justo e igualitario— entre los países desarrollados y los llamados países en vía de desarrollo. Los gobiernos europeos, dirigidos por los partidos de la IS, prometieron una mayor ayuda y mejores relaciones de intercambio con los países asiáticos, africanos y latinoamericanos. Esta “generosa actitud iba a redundar, obviamente, en el fortalecimiento del capitalismo europeo, en detrimento del norteamericano, fenómeno que puede comprobarse actualmente en América Latina, donde el capitalismo alemán, especialmente, ha entrado a competir con el norteamericano en Brasil, Argentina y otras naciones.

Este giro de la 15 expresa claramente su concepción “desarrollista”, la readecuación del capitalismo mundial, tendiente a establecer nuevas pautas para una mejor integración del denominado capitalismo “periférico” y dependiente. La IS visualizó que esta integración estaría mejor garantizada por la instauración de gobiernos socialdemócratas en América Latina. Asia y Africa o gobiernos influenciados por ella y comprometidos con el capitalismo europeo.

NOTAS

- (1) LUIS VITALE: **La formación social latinoamericana (1930-1978)**, p. 116, Ed. Fontamara, Barcelona. 1979.
(2) NUEVA SOCIEDAD N°. 52, p. 169, enero.febrero 1981.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enriquez”, CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.